

UIMP – SANTANDER
2009

FEDERICO MAYOR ZARAGOZA

Hablar de comunicación y desarrollo hoy, y hablar además de pasos hacia la coherencia, es extraordinariamente importante, porque las oportunidades pasan y es inútil después intentar correr para alcanzarlas. Estamos en un momento de gran consternación, de inmensa perplejidad ciudadana. Hace ya muchos años que estamos pidiendo cambios que pongan a cada ser humano en una situación de igualdad de condiciones; que la igualdad en dignidad, que es el gran fruto conceptual de la segunda gran guerra del siglo pasado, pueda ser el eje alrededor del cual giren las políticas, alrededor del cual giren las propuestas. Porque cada vida humana es única e irrepetible, capaz de crear. Y esta creación requiere tensión humana. Esta tensión humana, igual que sucede con un *tsunami* o con un acontecimiento que nos motiva, nos da fuerza para intervenir, nos dice que no podemos permanecer sentados, que no podemos permanecer callados, que estas situaciones pasan. Y entonces, la inmensa inercia de lo banal, la inmensa inercia de lo de todos los días, de aquellos que pretenden que sigamos siendo obedientes, que sigamos distraídos, va ganando espacio. En este momento hay motivos para la protesta y para la propuesta.

De la tensión humana habló *Ilya Prigogine*, premio Nobel de Química. Decía que cerca del equilibrio no hay nada, hay calma; y aplicando su teoría a la sociedad decía que se necesita tensión. Porque igual que el agua para ser agua potable tiene que correr, que saltar, que manifestarse, nosotros no podemos estar en calma. No necesitamos charcas, sino manantiales fecundos. La adversidad aguza la imaginación y Einstein dijo que en momentos de crisis -como en los que hoy estamos- sólo la imaginación es más importante que el conocimiento.

Tenemos que ser conscientes de lo importante que es el momento actual. También lo era el año 2000, pero en estos años han pasado muchas cosas, aunque los grandes desafíos son los mismos. Ahora tenemos motivos adicionales para esta tensión humana porque, por ejemplo, nos decían que no había dinero para luchar contra el hambre y cada día mueren por esta causa, en el desamparo y en el olvido, más de sesenta mil personas, el mismo número de personas que cabría en un campo de fútbol. Y más de la mitad son

niños. Como no lo vemos, no lo sentimos, pero si fuéramos concientes de esta tremenda realidad, tendríamos que reaccionar y no dejarnos convencer de que “no hay dinero”. Uno de los Objetivos del Milenio que se fijó en el año 2000 era que para el año 2015 se reduciría a la mitad el número de personas que pasaban hambre. Y me pareció tan cínico, me pareció tan fuera de escala y de moral que en aquel momento, como Director General de la UNESCO, dije que no suscribiría nunca un acuerdo de estas características. No hay dinero, no hay dinero... Pero dinero hay, puesto que nos gastamos todos los días tres mil millones de dólares en armas. Por tanto, podríamos quizás empezar a buscar otras formas de manejar los conflictos. No había dinero para el Fondo Mundial para el SIDA. Unos once mil millones de dólares al año hubieran sido suficientes para que no se murieran tantas personas. Equivale a tres o cuatro días de inversión en armamento. No había dinero... y para el “rescate bancario”, para la codicia y la irresponsabilidad, había ochocientos veinte mil millones sólo en los Estados Unidos... ¡No había dinero!

Los medios de comunicación nos tienen que transmitir esta realidad dramática y nosotros tenemos que aprovechar esta situación de perplejidad, sobre la que escribió Maimónides hace siglos. Además de la perplejidad, hay otra palabra que ilustra muy bien los fantasmas que tenemos que enfrentar. En marzo del año 1999 me invitó el Presidente de la Asociación Americana de Físicos a dar una conferencia inaugural en Atlanta. Y me impresionó mucho cuando proyectó una sola diapositiva con una sola palabra: inercia. Y dijo: “Éste es nuestro enemigo”. Porque nos despertamos, y somos capaces de reaccionar pero, con gran frecuencia “llega” la inercia. Inmediatamente, los interesados en que sigamos adormecidos, obedientes y callados, se imponen. Por tanto, tenemos que ser capaces de aprovechar esta oportunidad de expresar de manera contundente que la sociedad civil está bien informada, está despierta, y ya no es espectadora sino que es actora. La sociedad civil de hoy no solo recibe, sino que emite, no se calla porque tiene medios de comunicación suficientemente buenos para expresarse. Ya es hora de empezar de verdad a participar en democracias que son enormemente frágiles, porque cuando votamos nos cuentan, pero la democracia no consiste en ser contado, sino en contar como ciudadanos, en ser tenidos en cuenta como ciudadanos. Y es cierto que la mayor parte de las veces nos encontramos ante esta insoportable levedad de las democracias, parafraseando a Kundera, democracias que solo nos cuentan: tantos a favor, tantos en contra.

Ha llegado el momento -y este podría ser un cambio radical en los albores del milenio- de participar, de dar a las democracias la firmeza que necesitan para oponerse a la inercia y a quienes desde hace siglos han ocupado los escenarios del poder sin dejar que la gente se asome a ellos. Miremos con un poco de perspectiva histórica los escenarios del poder. Un poder 98% masculino donde la mujer solo aparece fugazmente. Es la historia de la toma de decisiones masculina, y en el escenario no aparece el ciudadano. El ciudadano ha sido vasallo, ha sido súbdito, hasta el punto de que ha estado permanentemente ofreciendo su propia vida, que es casi lo único que en muchas ocasiones tenían. Y era indiscutible el servicio a los designios del poder, no podía discutirse, aunque fuera para luchar por causas ajenas. La historia ha sido una retahíla permanente de batallas, de guerras, de confrontaciones, de conflictos. ¿Y dónde estaban los intelectuales? ¿Y los filósofos? ¿Y los pintores? ¿Y los escultores? ¿Y los poetas? ¿Dónde estaban? No figuran en la historia. Y por eso tenemos que empeñarnos en rehacer la historia, para demostrar que sí que contaban y que sus ideas son las que al final han tenido impacto y se han conservado a lo largo de los siglos. Pero desde un punto de vista del poder estaba claro: “Si quieres la paz, prepara la guerra”. Y durante siglos hemos seguido este perverso proverbio: “Estate preparado porque te pueden atacar y tienes que poder defenderte”.

Y entonces, ¿qué es lo que hacemos? Aquello para lo que nos hemos preparado. Si nos hemos preparado para la guerra, hacemos la guerra. Como nadie ha dicho “si quieres la paz, prepara la paz”, nunca le hemos dado una oportunidad, aunque la hemos deseado desde el origen de los tiempos. “La paz sea contigo, *shalom, salam*”, y a continuación ¡bomba! Es una historia de una irresponsabilidad total. Hemos sido súbditos y ahora tenemos que pasar a ser ciudadanos. Pero para esta transición de súbditos a ciudadanos necesitamos a los medios de comunicación. Tenemos que utilizar, y ahora por primera vez tenemos la posibilidad de hacerlo, los SMS, Internet... Podremos participar porque tendremos los medios de comunicación propios para hacerlo, aquellos que nos informan de la realidad gracias a los periodistas que describen fidedignamente lo que acontece.

Cuando se crean las Naciones Unidas en 1945 se dice: “Nosotros, los pueblos”. No se dice “nosotros, los Estados” o “nosotros, los gobiernos”. Y continúa: “hemos resuelto evitar a las generaciones venideras el horror de la guerra”. Es decir, hemos decidido

construir la paz y lo hacemos por los jóvenes. No se merecen que les estemos ofreciendo permanentemente horizontes sombríos, oscuridad, confusión, degradación del medio ambiente. Y para eso se crea cuatro meses después la UNESCO. Vamos a construir la paz por la educación, la ciencia y la cultura y nos basaremos en -y ahí viene este concepto al que antes hacía referencia- la igual dignidad humana. Lo haremos porque veremos que ver en cada ser humano la misma dignidad. Sea hombre o mujer, sea negro o blanco, sea de una religión o de otra, de una ideología o de otra, *todos los seres humanos iguales en dignidad*. Y se hace referencia a la “solidaridad intelectual y moral”. El Artículo 1º de la UNESCO dice: “La UNESCO garantizará la libre circulación de las ideas por la palabra y por la imagen”. Era consciente de que solo si hay información adecuada, si conocemos lo que sucede, si sabemos como es la realidad, entonces sí podremos conferir esta igual dignidad a través de la educación, la ciencia y la cultura. Entonces sí podremos de una vez tener una política de manos tendidas y nunca más de manos alzadas.

Eduardo Galeano ha ponderado de la importancia de las utopías. Decía que cada vez que damos un paso hacia adelante, el horizonte retrocede otro paso... pero hemos caminado. Tenemos que fijar una serie de horizontes, que aunque sabemos que son inalcanzables, nos permiten ir hacia adelante. Galeano, además, nos contó la historia de unos niños y niñas que llegaban por primera vez a ver el mar. Al bajar del autobús, una de aquellas niñas tiró de la falda de su maestra y le dijo: “Maestra, ayúdeme a mirar”. “Maestra, ayúdeme a mirar”... porque era la primera vez que veía el mar y no lo abarcaba. Y decía Eduardo Galeano que esto es precisamente lo que tenemos que procurar hacer. Tenemos que ayudar a esta nueva mirada, tenemos que mirar al mundo de otra manera, tenemos que mirar a los demás, como dice el Artículo 1º de la Declaración Universal de los Derechos Humanos: libres, iguales en dignidad y fraternalmente. Para esta alteridad, para este sentimiento de fraternidad, tenemos que tener una nueva mirada. Esta nueva mirada que Eduardo Galeano nos proponía en aquella reunión del Foro Social Mundial en Porto Alegre.

Cuando en el año 1966 llegaba a Oxford, como catedrático de Bioquímica, leí en el emblema del Condado una frase en latín que decía “*sapere aude*”, atreverte a saber. Y me gustó mucho porque nos tenemos que atrever a saber, tenemos que conocer la realidad para transformarla. Pero después de trabajar en la Universidad de Oxford

durante dos años pensé en cambiar un poco esta frase, porque es muy importante atreverse a saber si después practicamos el saber atreverse. Porque si sabemos y no nos atrevemos, no sirve para nada. El riesgo sin conocimiento es peligroso, pero el conocimiento sin riesgo es inútil. Pues bien, creo que ha llegado el momento de no guardar silencio. Ha llegado el momento de la sociedad civil. El momento de expresarse junto con los que nos describen la verdad fidedignamente. También necesitamos a periodistas que nos escriban su punto de vista, para que entre todos nos movilizemos y nos impliquemos. Hay una palabra clave, una palabra clave que es implicarse. No podemos seguir siendo espectadores.

Eduard Burke dijo: “¡Qué pena que por pensar que puedes hacer poco no hagas nada!”. Dominique Lapierre le comentaba a la Madre Teresa en Calcuta: “He procurado juntar un poco de dinero para ayudarle, pero lo que he conseguido es como una gota en el océano”. Y ella rápidamente contestó que si esta gota no existiera, el océano la echaría de menos. Nos tenemos que dar cuenta de que esta gota a veces es la que cambia el curso de la historia. Rosa Parks tuvo el coraje de no levantarse cuando subió al autobús un hombre blanco. Y después Martin Luther King pudo inspirarse en ella. Él y Rosa Park son los que han permitido que un día los Estados Unidos del Ku Kux Klan sean los Estados Unidos del Presidente Barack Obama.

No podemos cambiar la realidad si no la conocemos, si no sabemos las personas que mueren de hambre, si no sabemos que muchas mujeres tienen que pasarse horas caminando por unos litros de agua... Si no sabemos todo esto es muy difícil que tengamos una conciencia apropiada de lo que debemos hacer desde el barrio próspero de la aldea global en favor de los demás.

He vivido la época en que en las Naciones Unidas se hablaba del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo. Y se decía que el desarrollo era una palabra que equivalía a la paz. La cooperación internacional para el desarrollo, “*cooperare*”: trabajar juntos en favor del desarrollo. La palabra compartir, partir con los demás, es absolutamente esencial para el desarrollo. Si no “partimos-con” los demás, no podemos esperar que haya desarrollo. Al contrario, las asimetrías se van haciendo mayores. En los años sesenta el desarrollo tenía que ser no solo económico sino social, pero pasaron cincuenta años hasta que hubo una reunión sobre desarrollo social en Copenhague, en 1995. En los años setenta se habló del desarrollo endógeno: tenemos que ayudar a que sepan y

que puedan colaborar en su desarrollo, para lo que daremos el 0,7% del producto interior de los países ricos. Promesa que ha ido quedando en papel mojado. Algunos países lo han alcanzado, pero han sido la excepción. Los demás países dijeron que las ayudas eran peligrosas, que eran mejor los préstamos. Y entonces, en lugar de pueblos, Estados; en lugar de ayudas, préstamos; pero lo peor de todo es que en lugar de valores, justicia social y derechos humanos, las leyes del mercado.

El mercado está formado por mercaderes. Hay mercaderes buenos, regulares y malos, y hay mercaderes a los que hay que ayudar, porque se lo merecen y hay mercaderes a los que hay que meter en la cárcel si es necesario. La globalización en 1989 hizo perder una ocasión histórica. Era el año que se celebraba el bicentenario de la primera Declaración sobre los Derechos del Ciudadano de la Revolución Francesa, y coincidió con el final del Apartheid. Nelson Mandela, después de veintisiete años de cárcel salió con los brazos abiertos y llegó a un acuerdo con Frederik de Klerk. Además se puso fin a ese enorme espacio de silencio que representaba la Unión Soviética. Se terminaba la guerra fría –“...*we are the world, we are the children...*”, y tenían que llegar los “dividendos de la paz”. Pero no hubo dividendos de la paz porque se dijo: “Ahora la globalización, las leyes del mercado”. Y dió igual que lo denunciáramos y protestáramos pacíficamente. Se volvió a traicionar a los pueblos y, en lugar de fortalecer a las Naciones Unidas y hacer que el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial cumplieran su misión, se creó la Organización Mundial del Comercio fuera del ámbito de las Naciones Unidas.

Los demócratas son los que pensaron en las Naciones Unidas, los que hablaban de “los pueblos”. Frente a ellos, los plutócratas apostaron por el G7, G8, G13 o G20. Tenemos que procurar que se acabe y volver al sistema multilateral. No pueden ser los países más ricos los que nos estén permanentemente reiterando unas promesas que después no se cumplen porque no se tienen mecanismos de seguimiento. Además, se suele confundir la justicia con generosidad. Hay que hablar claramente de justicia, de solidaridad entre todos los países del mundo para el desarrollo humano, integral y sostenible. No podemos pensar en la justicia social acompañada eventualmente de mecenazgos. Se trata de la voluntad política de los diversos Estados en el cumplimiento de sus obligaciones fundamentales hacia los demás. Bastaría con que lográramos disminuir un poco lo que invertimos en armamentos, tres mil millones de dólares diarios, reduciendo

a escala mundial unos presupuestos que benefician a consorcios armamentísticos con poder creciente. Eisenhower se lo dijo a J.F. Kennedy en el momento del juramento en el año 1960: “Sólo hay un poder mayor que el del Presidente de los Estados Unidos: el del consorcio bélico-industrial”. Tenemos que procurar que las grandes inversiones se hagan en energías renovables, en la producción de alimentos. Si el 70% de la piel de la tierra es mar, tenemos proteínas aseguradas para todos los ciudadanos del mundo, pero tenemos que invertir en ello, igual que en la producción de agua. Podemos producir el agua que queramos con el conocimiento disponible, por desalinización, en islotes que no estén habitados o en islas artificiales. La cuestión es pasar un poco del dinero que hoy invertimos en ojivas nucleares y en armas a una gran política de desarrollo global sostenible. Invertir en medio ambiente, invertir en salud.

Hoy más que nunca la humanidad necesita unos medios de comunicación que estén lo más cerca posible de los ciudadanos, para que tengamos puntos de referencia fiables y sepamos lo que pasa. Si no conocemos la realidad no la podemos transformar, si la conocemos epidérmicamente solo la transformamos epidérmicamente. Por tanto, la tenemos que conocer en profundidad y tener la valentía de expresarnos como ciudadanos. Entonces sabremos que si hubiéramos repartido un poco mejor hoy habría muchos más “clientes”, y no sólo el 20% de la población mundial, y además, evitaríamos unas condiciones de vida que constituyen auténticos caldos de cultivo para el surgimiento de la violencia o la desesperación, como los flujos de emigrantes que se juegan la vida en una patera. Por otro lado, la violencia no se justifica nunca, pero tenemos que procurar explicarla. Tenemos que dejar de guardar silencio. Las mujeres juegan un papel fundamental en la cultura de paz, que no podrá hacerse realidad hasta que no haya el 20% de mujeres en la toma de decisiones. La mujer se indigna igualmente, pero normalmente halla razones para aplazar el uso de la violencia.

La primera vez que estuve en la Unión Soviética fue en el año 1961 como bioquímico. Lo que más me impresionó fue el silencio de la seguridad total, que era igual a libertad nula. Seguridad total es recelo, es sospecha, es estar permanentemente imaginándote que te están vigilando. Es el silencio. Es el silencio de los amordazados, es el silencio de los que no pueden expresarse si no es con alto riesgo de su vida. Pero al cabo de mucho tiempo me di cuenta de que hay un silencio mucho peor que el silencio de los silenciados, que es el silencio de los silenciosos, de los que pudiendo hablar no lo

hacen. De los que debiendo hablar no se expresan. Cuando fui Director General Adjunto de UNESCO, treinta años atrás, iba a verme a mi despacho de vez en cuando un pintor acompañado de las autoridades de la Unión Soviética,... y todos decían que era “el pintor de la Unión Soviética”, lo que yo no veía con simpatía. Pasaron dos años y me envió un ícono con un mensaje que decía: “Soy Ilya Glazunov. Usted no me tiene simpatía por ser el “pintor oficial de la Unión Soviética”. Lo único que pretendía era ser suficientemente importante para poder ser un disidente eficiente!

No tenemos que guardar silencio.

Escribí en el año 1995: “La voz a veces no fue voz, por miedo. La voz que pudo ser remedio, no fue nada”. Y creo que esto nos lo tenemos que aplicar todos nosotros, todos los días. Pensar que nuestra voz podría ser remedio, pero que por miedo no es nada. La Declaración Universal de los Derechos Humanos dice en su preámbulo que viene a “liberar a la Humanidad del miedo y de la miseria”. Estas son las dos grandes finalidades del desarrollo humano: liberarnos del miedo, hacernos ciudadanos valientes, ciudadanos decididos, ciudadanos bien informados, ciudadanos que junto a los medios de comunicación, permiten que aprovechemos esta crisis. Crisis financiera, pero crisis medioambiental, crisis alimenticia, crisis democrática, crisis ética...

Que la aprovechemos para este otro mundo posible en el que seguimos soñando.